

les acudir á la isla de Jequi, para verse con el P. Viceprovincial. No pudo llegar este recado al P. Luis Froes, que estaba en Meaco, pero todos los demás acudieron á la cita, y en el mes de Julio de 1570 tuvieron una especie de congregación provincial los PP. Francisco Cabral, Cosme de Torres, Gaspar Villela, Baltasar de Acosta, Baltasar López, Melchor de Figueredo, Juan Bautista Montano, Alejandro y el P. Organtino, que había venido con el Viceprovincial. También concurrieron á Jequi los HH. Luis de Almeida y Arias Sánchez. Fué la junta de aquellos Padres de particular consuelo para todos, por haber mucho tiempo que no se habían visto unos ni otros por andar divididos en diversos reinos; y no fué de menor provecho, porque trataron y confirieron entre sí de muchas cosas importantes á su aprovechamiento y disciplina religiosa, y de los medios con que más podrían adelantar aquella misión. También se determinó que el P. Villela volviese á la India, ya para rehacer su quebrantada salud, ya para convidar á nuevos operarios. Concluídos estos negocios, repartiéronse de nuevo los Padres por las cristiandades del Japón.

7. Quedóse en Jequi el P. Torres para despachar á la India al P. Villela y también para curarse de cierta indisposición que le sobrevino. No se creyó al principio que fuese de gravedad aquel achaque, pero como caía en un sujeto tan gastado, empezó á consumir las pocas fuerzas que aun quedaban al santo viejo. Entendiendo que se acercaba su fin, hizo confesión general con el P. Villela, y el día siguiente, sacando fuerzas de flaqueza, fué á la iglesia para recibir allí el Viático. Antes de comulgar hizo un coloquio con Nuestro Señor, tan tierno y lleno de lágrimas, que las hacía derramar á todos los presentes. Después de haber comulgado se recogió á su aposento y se despidió del P. Villela y de los Hermanos, abrazándolos á todos tiernamente. El día 2 de Octubre de 1570 terminó santamente el P. Torres su gloriosa carrera de veintiún años de misionero (1). «Halláronse en su enterramiento, dice el P. Guzmán, los PP. Baltasar López, Alejandro y Gaspar Villela. Viéronse en mucho trabajo para poderle enterrar, por el grande concurso de gente que venía á besarle los pies, y apenas le dejaban pedazo del vestido, deseando llevar cada uno alguna cosa de él para guardarla por reliquia. ¡Tal era la estima y veneración que todos los cristianos tenían de este santo varón!» (2).

(1) Véase la relación de su muerte y entierro, escrita por el P. Villela, en *Cartas del Japón*, f. 314.

(2) *Hist. de las misiones, etc.*, l. VII, c. 26.

Así terminó su carrera este hombre apostólico, desconocido personalmente por casi toda la Compañía, pues toda su vida religiosa la pasó en el Japón, pero respetado y amado de todos por la noticia que se tenía de sus eminentes virtudes. Si á San Francisco Javier debió su nacimiento la cristiandad del Japón, bajo el P. Cosme de Torres logró su adolescencia, para llegar después, á fines del siglo XVI, á su más brillante florecimiento.

8. Pasemos á otras regiones, donde nos quedan no menores maravillas que admirar. Una de las misiones más originales de la Compañía, más fecundas en padecimientos, más ilustradas con ejemplos de heroicas virtudes, fué, sin duda, la de Etiopía. El mayor fruto que en aquel país se recogió fué en la primera mitad del siglo XVII, pero ya desde el tiempo del P. Láñez cultivaron los Nuestros aquella viña con una paciencia, una abnegación y un celo apostólico que raya en lo inverosímil, y pudiera parecer fabuloso, si el espíritu de fe que animaba á nuestros misioneros no nos tuviera acostumbrados á semejantes prodigios. El héroe de aquella misión, en su primer período, fué el P. Andrés de Oviedo.

Sabido es que en tiempo de San Ignacio, habiéndose concebido esperanzas en Portugal de reducir al gremio de la Iglesia católica al reino de Etiopía, que yacía apartado por el cisma, y envuelto en groseros errores, trató D. Juan III, con el Papa Julio III, de enviar á aquellas regiones Obispos católicos que, acompañados de celosos misioneros, verificasen la reducción de aquella vasta monarquía. Animaban estas esperanzas algunas cartas del Emperador Claudio, soberano de Etiopía, que se mostraba dispuesto á reconocer la autoridad del Papa, y además se confiaba en cierto destacamento de unos cuatrocientos portugueses, que, metidos en Etiopía, se habían hecho respetar por sus portentosas hazañas. El Papa y el Rey de Portugal determinaron encomendar esta difícil misión á la Compañía. Escogieron tres Padres, á los cuales se había de conferir la dignidad episcopal, y algunos otros que los secundasen, como simples misioneros, en su gloriosa empresa. La dignidad de Patriarca de Etiopía se concedió al P. Juan Núñez Barreto, y como sufragáneos suyos fueron designados el P. Andrés de Oviedo, con el título de Obispo de Hierápolis, y el P. Melchor Carnero, con el de Obispo de Nicea. Los dos primeros se consagraron en Lisboa el 4 de Mayo de 1555; el tercero recibió la dignidad episcopal en la India, para donde había partido poco antes con algunos jesuítas.

Al año siguiente, 1556, llegó la expedición á la India, pues enton-



ees, el único camino posible para Etiopía era dirigirse desde Goa al puerto de Arquico, haciendo escala en la isla de Mazúa. Llegados á Goa los Obispos, trataron con el Virrey de la India, D. Francisco Barreto, sobre el modo de entrar en su misión. Pareció necesario, antes de embarcarse, tomar alguna noticia sobre el estado de Etiopía, y para esto se envió á Diego Díaz, como embajador del Rey, y al P. Gonzalo Rodríguez con el H. Fulgencio Freire, ambos de la Compañía, por compañeros suyos, con el pretexto de ir á pedir licencia para que entrase el Patriarca. Muy infeliz aspecto les ofreció la Etiopía. El Emperador Claudio, olvidado de lo que debía á los portugueses, y prevenido por los monjes y clérigos cismáticos, no quería oír hablar de religión, y se mostraba cada vez más hostil á los católicos, á quienes tenía por nestorianos. Con todo eso, como aun le daban cuidado aquellos pocos, pero valientes portugueses, recibió la embajada. Háblóle el P. Gonzalo de su reconciliación con el Papa, recordándole las cartas que había enviado á Europa. Respondió Claudio que aquellas cartas no tenían el sentido que se le daba, por haberlas falseado el monje árabe que las tradujo; que él se hallaba bien con su ley, sus monjes y sus letrados, y no necesitaba ni ley, ni monjes, ni letrados portugueses. Al fin, después de largas conferencias, dió permiso para que entrasen los Obispos y misioneros.

9. Vuelto á Goa el P. Gonzalo Rodríguez con estas poco halagüeñas esperanzas, pareció al Virrey, que no se debían exponer los tres Obispos á los riesgos de una empresa tan aventurada. Dispuso que entrase sólo el P. Oviedo, con parte de los misioneros, para probar fortuna y abrir el camino al Patriarca.

Desembarcó en Etiopía Oviedo el 19 de Marzo de 1557 (1). Aquí empezó aquella carrera gloriosa de trabajos inconcebibles, que se prolongó veinte años con poco fruto, es verdad, pero con inmenso mérito para la vida eterna. Por de pronto, procuró Oviedo aprovechar á los portugueses, que no tenían sacerdote desde hacía algún tiempo. Limpiaron todos sus conciencias por medio del sacramento de la confesión, se casaron algunos que vivían mal con mujeres del país, y todos renovaron las especies de la doctrina cristiana y las

(1) Los sucesos que siguen son conocidos por la carta que escribió al P. Lainez en 1562 el P. Manuel Fernández, y firmaron con él los PP. Cardoso y Francisco López. Conservamos dos copias de esta carta en el tomo *Goan. Malab. Epist.*, 1561-1569, núm. XIV. En esta carta resume el P. Manuel Fernández los sucesos de los cinco primeros años de la misión, 1557-1562.

santas prácticas de la Iglesia. Con el Emperador apenas se pudo conseguir nada. Es verdad que recibió con mucho honor al P. Oviedo, pero cuando se le habló de reducirse á la obediencia del Papa y á la verdadera religión, se vió que vivía obstinado en sus errores. Los monjes le confirmaban en ellos, y el pueblo, blando y voluble, seguía sin dificultad la religión de su soberano. Propuso á éste el P. Oviedo disputar en su presencia con los monjes cismáticos. Admitió Claudio el partido, pero ninguna ventaja reportó de esta disputa la verdad, pues cuando el Obispo concluía con sólidos argumentos á los contrarios, respondían éstos con gritos, y el Emperador, imponiendo imperiosamente silencio, resolvía la cuestión á su antojo (1). Ya que no podía aprovechar al rebelde monarca, aplicóse Oviedo á desengañar al pueblo sencillo de sus errores, y tuvo el consuelo de lograr algunas conversiones.

10. Á principios de 1559 sobrevino un cambio político, que infundió alguna esperanza, pero al cabo en nada mejoró la suerte de la cristiandad. Un valiente moro, llamado Nur, se rebeló contra el Emperador Claudio, y reunió un ejército respetable. Salió el monarca en persona contra el moro, guiando un ejército muy superior al de los rebeldes. La justicia de Dios castigó al cismático Emperador, pues en la primera batalla perdió miserablemente la vida. El moro Nur no siguió la victoria, sino que, contento con recoger un rico botín en Etiopía, dió vuelta al reino de Adel, de donde había salido. No habiendo quedado hijos del Emperador Claudio, fué elevado al trono un hermano suyo llamado Adamas-Sequed.

El P. Oviedo fué á presentarse al nuevo Emperador, el cual le recibió con bastante benevolencia. No duró mucho esta buena amistad, pues habiendo convertido nuestro P. Oviedo á la fe católica algunas personas principales, irritado Adamas, le llamó á su presencia y cuando compareció el santo varón, le cargó de injurias y le prohibió terminantemente predicar la fe católica en Etiopía. El santo Obispo, con admirable firmeza, respondió que su oficio era enseñar la verdad, y que por ningunas amenazas dejaría de predicarla en todas partes.

Penosos fueron para el P. Oviedo los tres años que reinó Adamas-Sequed. No quería éste permitirle predicar la verdadera fe, y además, en las guerras que por entonces se ofrecían, le llevaba cautivo

(1) Véase en la carta antes citada del P. Fernández, así la recepción hecha al P. Oviedo, como las disputas tenidas ante el Emperador.



en su ejército, fuese por impedirle la predicación, fuese, como sospecha Sacchini, para entenderse con los portugueses, si era verdad lo que se decía, que el Virrey de la India pensaba enviar una armada para socorrer á los católicos de Etiopía. No gozó Adamas con mucha tranquilidad del imperio. Ya en 1560 se rebelaron contra él parte de sus vasallos, aclamando por Emperador al joven Bencontarcaro. El 2 de Julio de 1561 logró Adamas vencer en batalla campal y coger preso á su contrario; pero no se extinguió por eso la rebelión.

Al año siguiente alzóse otro caudillo, á quien nuestras relaciones dan el nombre de Bernagais Isaac, y empezó á correr la tierra, favorecido poderosamente por los turcos, quienes, dueños de las costas, se iban metiendo bastante dentro en Abisinia. Salió contra ellos Adamas, y fué vergonzosamente derrotado el 20 de Abril de 1562, escapando justamente con la vida. Victoriosos los turcos, empezaron á saquear los campamentos del vencido, y discurriendo por una parte y otra, encontraron al P. Oviedo y á sus compañeros presos en una tienda. Quitáronles lo poco que tenían, y habiendo dado fuego á la tienda, pasaron adelante, sin cuidarse de aquellos cautivos, á quienes miraron con desprecio. Quiso Dios que todos nuestros Padres escapasen con vida en medio de aquel tumulto y se retirasen á sitio seguro (1). Poco después, por Febrero de 1563, murió el tirano Adamas, y aunque sucedieron algunas turbaciones, al fin se aseguró en el trono Malac Sequed, hijo del difunto. Este Emperador dejó en paz al P. Oviedo y á los misioneros, y aunque no trató de convertirse á la verdadera fe, sin embargo, con una extraña contradicción, estimaba por santos y doctos al P. Oviedo y á los demás jesuitas. Como hasta entonces habían producido tan poco fruto las negociaciones en la corte y las disputas públicas con los monjes, resolvió el P. Oviedo apartarse de la presencia de los cortesanos y hacer buenamente lo que podía con el pueblo sencillo. Retiróse, pues, á una aldea llamada Fremona, y allí perseveró los quince años que aun le duró la vida.

Á todo esto, el P. Núñez Barreto, Patriarca de Etiopía, esperaba con impaciencia en Goa, que se le abriese alguna puerta para llegar hasta el centro de aquel país. Por desgracia, no tuvo el consuelo de llegar al término de sus deseos. Después de esperar cinco años, sin

(1) Hasta aquí la carta del P. Manuel Fernández, escrita en 1562. Lo siguiente lo tomamos de otra escrita por el mismo el 3 de Junio de 1566.

tener noticia segura de lo que pasaba al P. Oviedo, expiró santamente en Goa el 20 de Diciembre de 1562. Con la muerte del P. Barreto sucedía en la dignidad de Patriarca, según la disposición de Julio III, el P. Andrés de Oviedo, y, efectivamente, Patriarca le llamaron desde entonces nuestros Padres, aunque vivía tan pobre, que más parecía miserable mendigo que príncipe eclesiástico. Según nos cuenta en su carta el P. Manuel Fernández, el Patriarca andaba tan andrajoso, que daba compasión verle. Una mula tenía para sus viajes. Prendió fuego en la choza y murió la mula. Para autorizar su persona en las solemnidades poseía dos roquetes y un ornamento. Entró un salteador de noche en su choza y se lo llevó todo. No teniendo otro arbitrio para sustentarse, ha tomado el P. Oviedo un par de bueyes y se ha hecho labrador.

Cuando San Francisco de Borja recibió estas noticias no pudo contener un sentimiento de admiración y ternura, y el 18 de Octubre de 1567 escribía al P. Oviedo estas palabras: «¡Padre mío, y cómo tengo envidia á esos pasos tan dichosos! Que aunque la compasión es grande de considerarle desnudo, pobre, á pie, preso y perseguido, de venir á tener necesidad de buscar un par de bueyes para arar la tierra, *ut bene vescaris pane tuo in sudore vultus tui*, como hijo del primer Adán, es mucho mayor la envidia que tengo de ver, que de estas cosas queda más vivo el espíritu y más rica el alma y más consolado todo el hombre interior» (1).

11. Entretanto, conocida en Europa la dificultad de penetrar en Etiopía, entendidos los trabajos de nuestros Padres, y no viendo posibilidad de apoyar con las armas la predicación del Evangelio, se juzgó conveniente trasladar aquellos misioneros á otras regiones menos ingratas. El Cardenal-infante D. Enrique, que gobernaba á Portugal en la minoría del rey D. Sebastián, su sobrino, trató el negocio con San Pío V, el cual, conociendo la puerta que se abría al Evangelio en el Japón, dirigió un breve al P. Oviedo, alabando sus trabajos apostólicos, pero significándole que, en vista del poco fruto que daba el reino de Etiopía, juzgaba de mayor gloria de Dios que se trasladase al Japón y ejercitase allí sus ministerios episcopales. Que viese, pues, si era posible salir de Etiopía, ó si no había otros inconvenientes más graves en abandonar esta misión. Como el breve no contenía precepto formal y lo remitía todo en último término á la discreción del Patriarca, éste respondió con una extensa carta,

(1) *Regest. Borgiae Hisp.*, 1567-1569, f. 104.



exponiendo las dificultades de la salida y mostrando la utilidad de su permanencia.

Es imposible salir de Etiopía, observa el P. Oviedo, si no es en naves de moros ó turcos, en cuyas manos nadie puede ponerse con seguridad. Si viniese algún refuerzo de portugueses, habría esperanzas de reducir todo el reino de Etiopía á la obediencia del Papa, y por lo menos se convertirían, sin duda, muchos gentiles cautivados por los turcos, y esos convertidos podrían ser un auxilio contra los turcos y moros. Bastarían unos quinientos ó seiscientos portugueses para meter miedo al Emperador de Etiopía y para defender aquella cristiandad. Por otra parte, «la tierra, dice el Patriarca, es buena y sana y muy fértil, y abunda de todo género de mantenimientos y vituallas y carnes de diversas suertes, y oro no falta, y fino». Pero lo que principalmente conmueve el corazón del caritativo pastor, es la suerte de aquellos cuatrocientos ó quinientos cristianos, casi todos portugueses, que hay en Etiopía. ¿Cómo dejarlos desamparados? Si quieren que salga él, convendrá enviar una armada portuguesa para trasladar aquellos pobres á otro país, donde puedan estar espiritualmente asistidos. Casi en los mismos términos escribía Oviedo otra carta á San Francisco de Borja (1).

12. Mientras llegaba, pues, la respuesta á esta carta, perseveró el P. Oviedo en Etiopía haciendo prodigios de celo. Desde su casita de Fremona salía á pie y medio desnudo á predicar el Evangelio y administrar los sacramentos á los católicos. Nada nos cuentan de particular las historias sobre los últimos años de su vida, sino los ejemplos portentosos de su pobreza y caridad evangélica. Por una carta que el P. Rui Vicente dirigía al P. General, Everardo Mercurián, el 12 de Enero de 1575 desde Cochín, entendemos las muchas penalidades del P. Oviedo y el poco fruto que recogía. «Del Patriarca de Etiopía, dice el P. Rui Vicente, y de los demás Padres que allá con él están se han recibido cartas de Diciembre de 73 para V. P. y para el Provincial de las Indias. El P. Visitador pienso las enviará todas de Goa, porque le quedaron allá para este fin. Según lo que en ellas escriben, pareció al Padre mandarles venir, si fuera posible que vengan,

(1) Véanse ambas cartas autógrafas en el tomo *Goan. Malab. Epist.*, números LXXII y LXXV. Es de advertir que para ponderar la pobreza del P. Oviedo dicen algunos autores, que se vió obligado á cortar las márgenes del breviario y coserlas en forma de libro para escribir en ellas la carta al Sumo Pontífice. Muy pobre estaba el P. Oviedo, pero no tanto que hubiera de recurrir á tan extraño expediente. En el tomo que citamos se ve el autógrafo escrito en una hoja en folio bien conservada.

porque lo que allá hacen no es más que padecer una cruz muy grave y muy seca, sin fruto ni provecho alguno ni esperanza de él. Hase hablado al gobernador sobre ello, y dice que enviará luego con qué vengan ellos y los cristianos que con ellos están; mas dudamos mucho que esto se haga como se dice, por la dificultad con que estas cosas se hacen en estas partes» (1).

Tal fué la misión ingrata, pero á los ojos de Dios muy gloriosa, que cultivó durante veinte años el P. Andrés de Oviedo. Entrando en la vejez, le acometió una enfermedad de piedra que le atormentaba cruelmente. La falta de medicinas y el sumo desamparo en que se hallaba hicieron pronto su mal irremediable. Asistido por los Padres de la Compañía que compartían sus trabajos apostólicos, expiró santamente el 14 de Setiembre de 1577 (2).

13. Otro misionero más ilustre que los precedentes empezaba á distinguirse por estos años en las regiones del Brasil. El V. P. José de Anchieta, oriundo de una noble familia guipuzcoana, había nacido en Tenerife el año 1533. Enviado por sus padres á la universidad de Coimbra, entró en la Compañía en esta ciudad el año 1550. Estuvo en peligro de ser despedido por una enfermedad en que se le torcieron las costillas y se le desconcertaron los hombros y la espalda. Viendo, por fin, que, aunque algo contrahecho, quedaba con mediana salud, fué admitido á los votos, y en 1553 le mandaron á la misión del Brasil.

Cuarenta y cuatro años vivió en aquella misión, promoviéndola con el ejemplo de sus virtudes y con una verdadera profusión de prodigios. Fuera de San Francisco Javier, no conocemos en la Compañía á ninguno, con quien Dios haya repartido tan largamente el dón de profecía y milagros. Al principio se le empleó en el oficio de enseñar gramática, con el cual juntó el estudiar la lengua del país y

(1) *Goan. Malab. Epist.*, 1570-1579, f. 139.

(2) Hay alguna variedad en los autores acerca de la fecha de la muerte del P. Oviedo, pues algunos la retrasan hasta 1579 ó 1580. La duda se desvanece con los catálogos de la provincia de Goa. Por una carta del H. Fulgencio Freire, escrita en Dambar el 2 de Abril de 1577, sabemos que el Patriarca había estado poco antes á la muerte, y que, dada su vejez y achaques, moriría, sin remedio, muy pronto. Esta carta se halla en la *Historia Varia*, t. III, f. 282. La primera relación en que veo mencionada la muerte del P. Oviedo, son las anuas de la provincia de Goa, año de 1578, y una carta del P. Rui Vicente, escrita en Goa el 13 de Noviembre de 1579. *Goan. Malab. Epist.*, 1570-1579. En esta carta se habla de la muerte del P. Oviedo como de suceso ya algo antiguo, pero sin señalar ni el sitio ni el tiempo en que aconteció.